

LOCUTORIO ECUADOR

Barcelona, verano 2003

Las voces

José Stalin Paredes 21 años, Machala.

Erwin Zamora, 45 años, Machala.

Eunice López, 25, Guayaquil.

Manuel Carmelo, 22, Guayaquil.

Eugenio Eliseo Losada, 20, Guayaquil.

Johan Morales, 22, Balzar.

Clímaco Eduardo Vera, 32, Manabí.

Las hojas secas de los plátanos –en agosto- se apoderan de la calle; exigen atención, como si estuvieran

manifestándose con toda clase de instrumentos y efectos de sonido (desde la sedería al aserradero, para aludir al tipo de fábricas y talleres que hubo en este barrio), aprovechando el silencio. Es lo único vivo, o que se agrupa y se mueve como si lo estuviera, y lo único que distrae un poco del calor, esta clase de calor. El aire estático y pesado como lomo paquidérmico que se nos cae encima y ahí queda, entre mar y barrera montañosa, varios meses. Sin lluvia ni nubes que pasen. Ciudad enemistada con el agua no sólo porque llueve poco sino porque a la mayoría de los nativos les disgusta incluso ese poco, sin siquiera vincular la sequía, hasta que se enteran por la tele, con el peligro de cortes e incendios forestales. Como si se hubieran deshabituado al agua – lluvia, ríos, arroyos, zanjas, dársenas, canales, charcos, vegetación- hace milenios. El agua festejada es sólo de piscina o playa. Nativos y turistas celebran el sol absoluto (aunque buena parte de los primeros desaparecen todo agosto, buscándolo en otro lado) y los inmigrantes, según de donde procedan, no tanto: algunos extrañan orillas de ríos, aguaceros, tormentas eléctricas, cielos desgarrados,

vientos en que se palpe tierra negra, gotas como granos de plomo sobre hojas de higueras y nísperos.

... el fondo de mi casa tocaba con el río Guayas... la estela de las canoas chocaba en la pared de atrás...

Un sábado de agosto, una grúa-torre con pluma abatible Liebherr 125 Hc-L 6/12 Litronic se instaló en el medio de la calle Córcega, a pocos metros del locutorio. Sin aquella sombra de pérgola, no habría provocado tanta sociabilidad la aparición -el sábado por la mañana, y la presencia inmóvil a lo largo del domingo- de una grúa monumental, en el medio de la calle, delante de un hotel en construcción. La “pluma” de la grúa quedó quieta (todo el domingo) en posición de cruz, y a la plataforma de madera subieron niños y adolescentes, por la tarde. Como un altar con una cruz de hierro que hubiera perforado la cúpula enramada, la grúa dividía la calle, de esquina a esquina, en dos mitades polvorientas atravesadas por remolinos de hojarasca reseca. El público del locutorio Ecuador -que ya solía arracimarse en la

vereda- se expandió poco a poco, se adueñó de la calle, y circularon sus voces durante horas.

... mi mujer muy celosa, muy celosa...

... a cuánto estará allá la Pilsener...

... me llama tu mujer, dónde tienes el móvil... tu niñita tiene fiebre...

... pregúntale a mi mamá, Jessica... yo ya voy...

... los sombreros de paja son de Manabí, no de Panamá...

... Puerto Bolívar era todo mar ... con casas de palafito... de chiquito yo movía los pies encima del Océano Pacífico... tugurios, peleas, aguardiente hasta que salía el sol... yo a los ocho años iba a ver tocar "La Caderona", con marimba... pasaba un carro a tres cuadras y ya te tenías que ir a lavar porque te dejó rubio de arena... enfrente estaba el sindicato de los cargadores de banano, puros negritos que venían de Esmeraldas y que yo a los siete años iba a ver bailar...

El locutorio Ecuador estaba (duró cuatro años) en

Córcega y Marina, a doscientos metros por encima de la Sagrada Familia. La cortina metálica con los colores de la bandera (amarillo el fondo y el rótulo en rojo y azul), y la figura de una mujer hablando por teléfono (estilo dactilógrafa Pitman) en el cristal de la puerta. Mostrador, cuatro relojes a distinta hora, dos neveras con refrescos y helados Frigo, un banco al lado del tablón de mensajes manuscritos. En una pared –pintados- el escudo y la bandera del Ecuador. Una fila de cinco cabinas y seis ordenadores. En la trastienda, el escritorio donde se tramitan giros, una vitrina con bisutería dorada prendida en cartones rectangulares -que vende la dueña, Celia, por encargo-, una estantería con archivadores, un espejo, una bicicleta, una nevera. Un baño. Una sala con sillón e instrumentos de dentista, hoy vacío.

... el domingo no viene el doctor, primo Clímaco... qué te pasó, ¿no dormiste?...

... a los veinte años me tuve que poner dentadura postiza yo, primo Arturo, no sé por qué, a nosotros nunca nos faltó la leche, yo nunca comí un chicle... el doctor me

prometió unos aparejos nuevos pero venía a decirle que no se moleste, no tengo blanca... anoche abrí la Biblia, como todas las noches... se abrió en la parábola del Hijo Pródigo, me desvelé y por eso me olvidé que no atiende los domingos el dentista...

... Arturo es el dueño del locutorio... es el marido de mi prima Celia.... Yo soy Clímaco Vera, de Manabí... ahora cada vez que llamo o giro a mi casa o a mi hermano mellizo él saca ganancia...

Un cóndor con las alas desplegadas corona el escudo ecuatoriano. En el óvalo central, el Chimborazo blanco al fondo, el río Guayas azul entre orillas verdes y, cruzado en el río, un barco a vapor, el *Guayas* (fabricado en 1841 en los astilleros de Guayaquil, que dejaron boquiabiertos años antes a los marinos españoles Jorge Juan y Antonio de Ulloa) y el caduceo, a modo de mástil, que simboliza el comercio y la navegación.

... en una fábrica abandonada, acá en Barcelona, en Pueblo Nuevo, volví a pintar lo mismo que había pintado

en mi pueblo, en Balzar, en una discoteca que se llamaba Pabellón de las Muñecas... acá los aerosoles son poderosos... pinté una muchacha rubia saliendo de una gruta de corales... lo pude hacer en verde, rosa, violeta y amarillo, como lo tenía pensad ... Celia, que es prima de mi mamá, me encargó pintar el locutorio... pinté la bandera: una banda azul y otra amarilla y rojo... el escudo con el cóndor, el pico, las garras, las alas y el sol, arriba del monte...

... escribe: sopa de bolón verde... cortas bien los guineos verdes, cortas la panceta en daditos, machacas el maní con el mortero, espolvoreas el coco...

... a mí también me gustaría firmarlos, o al menos que diga: "estos mármoles de los Juzgados de Lérída los pusieron unos ecuatorianos de Guayaquil"... yo soy oficial marmolista, igual que mi abuelito, mi papá, mis tíos y mis primos...

En la expedición de la Academia de París dirigida por de La Condamine (1735) viajaron los marinos españoles casi adolescentes Antonio de Ulloa, naturalista, y Jorge Juan, matemático, y el marqués de Villagarcía, recién nombrado virrey del Perú. A orillas del río Guayas, visitaron el astillero más activo del Pacífico, rodeado de bosques en apariencia inagotables y donde los armadores encontraban las maderas justas para cada una de las piezas de navíos que –salvo por la impericia de los marineros españoles, que deberían aprender de los balseros indígenas, escribió Ulloa- serían indestructibles.

... en Guayaquil el carnaval es puerco: te rompen globos de agua podrida en la cabeza, con sapitos vivos... con mi pana Leonardo y el Tuerto Lara nos fuimos a Playas... Llegamos a la casa de la hermana de mi pana Leonardo, en Playas, con todo para cocinar, pero nos puso mala cara y le dejamos los paquetes sin abrir y nos fuimos... encontramos una tropi-farra organizada por el aguardiente Trópico Seco... fuimos a un montón de bailes... un negro que conocíamos nos prestó un 22

largo... le dijimos que íbamos a abordar un yacht de unos gringos... dormimos en unos bancos de un restaurante en la playa, tomamos Trópico y cerveza con el guardián.... robamos dos gallinas, una la vendimos y la otra se la dimos a una señora para que nos hiciera seco de gallina... lo decidimos, lo de matarnos, con la barriga llena, alegres... el Tuerto Lara se acobardó, yo me disparé... mal.... me caí de rodillas... sentí que se me caía un árbol encima y era el cuerpo de mi pana Leonardo ... el papá, por miedo al cura, difundió que a mi pana lo habían matado en Playas para robarle las zapatillas...

Jorge Juan y Antonio de Ulloa completaron la cartografía de las costas del Mar del Sur; herborizaron en los Andes y el Amazonas, probaron el termómetro, el barómetro y la aguja imantada; describieron con admiración a nadadores, pescadores y remeros indígenas, y sus embarcaciones y sistemas de navegación; experimentaron sobre la velocidad del sonido, la atracción newtoniana, la dilatación y condensación de los metales. Volvieron a Europa en 1744.

Erwin Zamora lleva, en un portafolios de cuero, una botella de agua mineral, un dvd del Gran Combo de Puerto Rico y el cuaderno donde anotó las canciones que él y tres colombianos, con guitarras, tocan en la misa llamada *latina*, el domingo por la tarde, en la cripta de la Sagrada Familia. Es la única misa en castellano (en catalán el resto) y la más populosa y vocinglera, desde que, hacia el 2001, llegaron al barrio gran número de ecuatorianos, colombianos, dominicanos, bolivianos...

... Diocito (recé en la plaza), que yo vuelva a tener un coro en esta iglesia preciosísima... no me atreví a entrar, volví al día siguiente... iba a golpear la puerta cuando salió el padre Joan Manuel... "soy Erwin Zamora, del Ecuador, allá he cantado mucho en la iglesia"... "ven el domingo, a las siete de la tarde"... llevé la guitarra... y ahora tengo un coro... me apunté una frase de Gaudí, la llevo en el bolsillo... "Ese árbol próximo a mi taller es mi maestro"... es la palmera que está al lado de la sacristía...

La voz altisonante de Eunice López (Guayaquil, 25), elegida en la misa *latina* de la Sagrada Familia, en 2002, para leer la Biblia:

... y resultó que, al mes de llegar a Barcelona, nos subalquilaron un cuarto que lindaba con un depósito de garrafas de gas... unos subterráneos y unas escaleras escalofriantes... un hombre con uniforme anaranjado nos espiaba, yo desde la cama le veía el pelo, una uña, un ojo, el otro ojo, la nariz... después, nos mandaron al zoo privado de un médico, en un chalet de Puigcerdá... llegamos con mal pie... lluvia y viento, los jabalíes habían roto la cerca de los gansos... era medianoche, me desesperé cuando lo vi a él reparando aquel cerco sin impermeable, sin paraguas, sin botas...¡y no nos permitían dormir juntos...!

La voz mandona de Eunice y el cuerpito infantil de Manuel Carmelo, que no habla: sonrío, el flequillo teñido de rubio.

... la suerte nos cambió un día, en un locutorio de la

plaza Universidad... leíamos los anuncios cuando un hombre sale, desconsolado, de una cabina de teléfonos porque en el teclado no encontraba el asterisco!... él lo ayudó y el hombre nos ofreció trabajo, nos llevó a un barrio alejado... pero ahora tenemos el problema de los colombianos escandalosos con que compartimos casa, ahí en la calle Industria... ¿tendremos que huir también?... vengo huyendo de mi padre, que no me dejó estudiar... de la familia de él que, como tienen un abuelo italiano, aunque hijo ilegítimo, nos desprecian...

El lunes la grúa se había ido y el tránsito volvió a circular. El locutorio decayó y cerró: su público se mudó de barrio o se volvió al Ecuador. Primero pusieron una tienda de ramos decorativos: taparon los letreros, las figuras y el escudo con una pintura color lavanda, una vidriera y una cortina metálica bordó, sin rótulo. Vendían jarrones gigantescos de cristal grueso con estructuras de palitos engarzados o una sola cala pálida plastificada, cosas para hoteles con áreas zen. Duró poco. Abrió algo de ramo parecido: ángeles de cartón pintado, lámparas

de sal, libros sobre el poder mágico de la sal. Cerró. Ahora es el depósito de la ferretería Cofic de toda la vida.